

POR PEDRO PABLO GUERRERO

De fútbol, identidad y poesía anglosajona nos habló Antonio Cisneros, uno de los más importantes poetas peruanos contemporáneos. Vital y desprejuiciado, anima un programa de televisión que acaba de cumplir un año en el aire.

En 1993, durante un encuentro poético en Medellín, Antonio Cisneros colgó definitivamente los botines. Una rotura de tendón ("el medio de todo deportista", afirma con orgullo), durante un partido amistoso, puso fin a cincuenta años dedicados al fútbol, carrera paralela a la de poeta e incluso un poco más larga:

—La primera vez que salí del Perú fue en el 63, por la sub 20 —recuerda—. Viajamos a Bogotá y los ganamos por cuatro a cero a los colombianos. Perú era entonces una potencia. Yo jugaba en el club que después pasó a llamarse Sporting Cristal, entonces suscribiendo por una tabacalera. La celeste eterna: primero de los cigarrillos y después de la cerveza. Es el único equipo que mantiene una juventud sana y sin drogas gracias al vicio.

Sarcástico y desengañado, a sus 56 años Antonio Cisneros es toda una personalidad de la cultura peruana. Y de la "cultura" en el más amplio sentido. En 1997 sus catorce libros fueron **reimpresos en el volumen Poética reunida** ("hací para que no te pasasen" completa porque quería decir que yo estoy muerto"), publicado por la estatal Editora Perú, en homenaje a los 35 años de su primera obra, *Destierro*.

"Ni amo la cultura ni me interesa la gente"

Como otros escritores en el último tiempo, Cisneros es conocido además por los programas de conversación que conduce diariamente en una radio y en un canal de cable limeño:

—A estas alturas soy un ser casi venerable, todo el mundo me quiere y dice "el poeta Cisneros es buena gente". Les gusta mi ironía, las críticas que hago. Así soy yo. Si fuera garfitero, futbolista o empleado bancario sería probablemente el más chistoso del barrio, nada más, pero sería el mismo.

A pesar de todo, realiza sus incursiones televisivas con el mínimo de entusiasmo necesario:

—Con toda franqueza, no me interesa particularmente la televisión aunque tampoco soy de los idiotas que la creen alienante. Es entretenida, pero yo trabajo en ella para ganarme la vida. No creo que haga nada particularmente genial, solamente vendo mi firma y mi rostro, como Chanel o Benetton. Por eso estoy en la televisión, no cosas que porque amo la cultura o me interesa la gente. Ni amo la cultura ni me interesa la gente, en realidad.

—¿Qué le interesa entonces?

—A mí lo que me gusta es el fútbol, mis amigos y las mujeres. También, pero menos, hablar de literatura con ciertas personas, en parte porque es mi obligación y en parte porque los machachos no tienen por qué ser decepcionados ni tengo por qué transmitirles mi escepticismo, pero a mí sinceramente no me interesa ni la radio, ni la televisión, ni la literatura ni los congresos de escritores, ni nada de nada.

—Hay un verso tuyo que parece demandarse escrupulosamente: "la araña cuelga desahogada lejos de la tierra y ha de morir en su redonda casa de saliva". ¿Se refiere al lenguaje?



Nueva Antología de Cisneros

El poeta argentino Jorge Bocanera publicó recientemente en Buenos Aires la antología *Poetas para Lima* (Muzartica/Colibae) que reúne la producción poética de Antonio Cisneros. Incluye sus libros: *Destierro* (1961), *Comentarios reales* (1964), *Canto ceremonial contra un osu horniguero* (1968), *Como figura en un campo de golf* (1972), *El libro de días y de los búlgaros* (1978), *El monólogo de la casta Susana* (1986) y *Las lunetas preguntas celestes* (1992).

Antonio Cisneros: Guerra Perpetua Al Lugar Común

—Esa es la parte increíble. Por eso tú puedes reconocer que el poema es de Antonio Cisneros. El lenguaje que yo uso es desde la tradición bíblica hasta el de la calle, pero bien combinado, porque ha habido imitadores que creen que el coloquialismo es una fórmula. ¡No! Tiene que estar en el punto exacto: saber cuándo cierra o redondea una imagen. En algún momento el estilo de Tobo Cisneros gustó a los muchachos y empezaron a hacer una especie de Cardenal de torera y ya de puro coloquiales no solamente hablaban de la pelota sino que daban su dirección y el teléfono. Eso no tiene nada que ver con la poesía, que es economía de lenguaje.

—¿Así la entiende?

—La poesía tiene miles de definiciones, todas aproximadas y todas desacertadas. En el fondo es la lucha perpetua contra el lugar común. Dice lo que todos saben, lo que todos sienten, usa las palabras que están en el diccionario, que son las que todos conocen, si no se va comunicará con nadie, pero lo dice de una manera tal que quien la lee piensa: "¡caramo, yo quería decir esto pero no sabía cómo!". En el último está la poesía.

—¿Nunca pasó por una época simbolista o surrealista?

—Como lector, por todas. He leído desde los poetas que me gustan hasta los que no me gustan. Y todavía le tengo simpatía a cierta poesía surrealista, que más hermética no puede ser si la buscas el camino de la lógica. Pero el surrealismo normalmente va acompañado de una dosis de humor. Sin el humor es como pan con mantecquilla sin mantecquilla. Siempre hay autoironía.

—Por algo usted se acercó a la poesía inglesa contemporánea, que tiende a evadirse de la retórica y la gravedad.

—Sí, pero cuando yo vine al mundo de la literatura, lo que estaba funcionando era una poesía española ligada básicamente a una cosa ingenua y comisionista del socialrealismo. O por el contrario, teníamos a los absolutamente herméticos y puros que estaban trabajando con la poesía

francesa postsimbolista y los stragos que quedaban del surrealismo. Entonces yo no descubrí nada, simplemente redescubrí algo que se había olvidado: existía una poesía fresca como la hecha que iba desde Walt Whitman hasta Ezra Pound, la poesía anglosajona.

—¿Por qué cree que los poetas latinoamericanos demoraron tanto en darse cuenta?

—No te olvides que a finales de los cincuenta y comienzos de los sesenta, en el mundo intelectual latinoamericano, Chile incluido, había la idea de que el imperialismo yanqui escribía en inglés, mientras que nos parecía que los franceses eran cultos y refinados y los españoles eran valientes combatientes de la República española. Sobre la base de ese prejuicio eliminamos la mejor poesía del siglo veinte, que es la que se escribió en Estados Unidos y en Inglaterra. Obviamente mucho más desenfadada, menos pretenciosa y solemne, y con más sentido del humor, lo cual se acomodaba más a mi manera de ser.

—¿La traducción es un buen ejercicio para escribir poesía?

—No lo sé, pero evidentemente la traducción te enseña a leer poesía de una manera muy especial y muy intensa, porque primero tienes que leer, luego la parafraseas, pero además tienes que volverlo a poner en poesía en tu idioma y ahí siempre entra el *avaluarse traduttore*: hay que traicionar un poquito para que sea real, pues lo literal es la verdadera traición.

"Los peruanos no tenemos el complejo de querer pasar por europeos"

—Revisando su obra, predomina el verso libre, ¿no le interesa la rima?

—Sí, pero es algo fácil. En la rima las palabras llaman a las palabras. Salvo genios rarísimos como Duro, siempre se termina en la rímica más española. La rima no es sinónimo de poesía, sino

de publicidad. Yo tengo unos sonetos que no he publicado a cada nacimiento de una hija más le he dedicado uno. Tengo dos hijas. A mi hijo Diego no le hice ninguno, se jodió. Después, cuando se me desató la diabetes, también le hice un soneto.

—Muchos lo conocen por su poesía social, ¿es la veta que más lo representa?

—Soy fundamentalmente justiciero. Creo que nuestra razón de ser en este mundo es vivir por lo menos con dignidad, solidaridad y justicia. Pero no tengo un programa de acción, ni una propuesta política del tipo "voy a hacer poesía revolucionaria para salvar a la humanidad". No creo que la palabra sirva para tanto. A lo más sirve para sustruirla en el oído a una mujer hermosa y enamorada. Si creo que todo lo que somos queda reflejado en ella: no hay nada más testimonial que la poesía. En la novela puedes disfrazar de otros personajes, pero en la poesía eres tú mismo, es algo inevitable, se nota. ¡Estás calato ahí, palucho!

—Gran parte de sus libros contienen crónicas de viaje, ¿cómo se relacionan esos textos con su pregunta constante acerca de la identidad?

—Uno de las grandes preguntas peruanas es la identidad. Los chilenos no se preocupan mucho por ella, creen que con una cuota y una campanada ya resolvieron el problema. Nosotros somos un país mucho más complejo, mucho más antiguo, mucho más mezclado, con orígenes distintos que nos consienten, para empezar, en un país menos blanco. Los peruanos, con todas nuestras tragedias históricas, no tenemos el complejo de querer pasar por europeos. Esa es una ventaja. Nos plantamos desde el comienzo nuestro mestizaje. Ahí tienes al inca Garcilaso de la Vega, que ya en el siglo XVI escribe la gran crónica del Perú, pero en castellano y en España, siendo hijo de una princesa inca! Ahí comienza el problema: ¿quién es somos? Eso es lo que le da fuerza a parte de mi poesía y a mucha de la literatura del Perú.

Guerra perpetua al lugar común [artículo] Pedro Pablo Guerrero.

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario:Guerrero, Pedro Pablo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Guerra perpetua al lugar común [artículo] Pedro Pablo Guerrero. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile